

Publicado en *Encuentro de Escritores Canarios (Isla de La Gomera, 1992)*. Gobierno de Canarias: Viceconsejería de Cultura y Deportes, 1994: 237-252.

LA GOMERA ENTRE LA HISTORIA, LA LITERATURA Y LA LEYENDA: EL EPISODIO DE IBALLA

Maximiano Trapero

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Una «materia» literaria poco explorada

La conquista de Canarias, que duró prácticamente todo el siglo XV, llenó de episodios sobresalientes la primitiva historia particular de cada Isla: episodios que van desde el heroísmo de un pueblo y de unos caudillos individuales que se oponen al invasor (Atahen en Lanzarote, Guize y Ayoze en Fuerteventura, Armiche en El Hierro, Autacuperche en La Gomera, Tanausú en La Palma, Doramas, Bentejuí, Artemy y Tazarte en Gran Canaria, y Tinguaro, Bencomo y Beneharo en Tenerife), hasta los romances amorosos entre unas cuantas canarias aborígenes y otros tantos españoles conquistadores (Iballa y Peraza en La Gomera, Dácil y el Capitán Castillo en Tenerife, Guayarmina y Hernando de Guzmán en Gran Canaria, Tautiagua y Guillén Peraza en La Palma, Fayna y Avendaño —éstos en el siglo XIV, antes de la conquista— y Teguisse y Maciot en Lanzarote, y Adarga y un anónimo soldado en El Hierro). Todos ellos con base histórica, convertidos ya en leyenda que vive en cada isla y que constituye una materia literaria del mayor interés, que apenas si ha sido explorada.

El episodio más sobresaliente de la conquista de La Gomera es, curiosamente, una historia, síntesis entre la heroica resistencia de un pueblo y un amor apasionado, en la que unos mismos personajes van a ser protagonistas de toda la acción: la muerte de Fernán Peraza, señor de la Isla y amante de Iballa, a manos de los propios gomeros, ocurrida el 20 de noviembre de 1488, y que provocaría una funesta represalia, a consecuencia de la cual la población de la Isla quedaría más que diezmada, bien por muerte, bien por deportación de sus habitantes como esclavos.

Las fuentes del episodio de Iballa

Lo que sabemos hoy de aquel episodio, lo sabemos por cuatro tipos de fuentes que conviene distinguir:

a) Por las crónicas e historias generales que desde el momento mismo de la conquista se ocuparon de los hechos ocurridos. En los ss. XV y XVI por las Crónicas *Lacumense* (Morales Padrón 1978: 185-228), *Matritense* (Ibid.: 229-257) y de Gómez Escudero (Ibid.: 383-468), y por las *Historias* de Torriani y Abreu Galindo; en el s. XVII por P.A. del Castillo y Marín y Cubas; en el XVIII por Viera; y en el XIX por Chil y Naranjo y Millares Torres.

b) Por la historiografía moderna, que ha puesto en contraste las fuentes anteriores y ha aportado otras fuentes desconocidas en torno al episodio de Iballa; principalmente los estudios de Wölfel (1933: 5-84), Marcy (1934: 1-14), Darías Padrón (1934: 43-77), Álvarez Delgado (1959: 255-374, y 1960: 445-492), Rumeu de Armas (1985: 413-456), Pérez Saavedra (1986: 417-443) y Tejera Gaspar (1989).

c) Por la tradición oral, que aún pervive en La Gomera, la cual, enriqueciendo y fantaseando la historia, ha abastecido de información a las fuentes del grupo anterior, y que es y ha sido, de por sí, fuente inseparable de la historia (Trapero 1984: 83-94).

d) Por la literatura, fundamentalmente de tipo novelesco, que ha contemplado el episodio de Iballa bien como parte central de sus relatos, bien como referencia secundaria. De entre estos últimos, cabe citar el libro de viajes del portugués Gaspar Frutuoso, *Saudades da terra* (finales del s. XVI), la novelita del modernista lanzaroteño Benito Pérez Armas, *La baja del secreto* (1900), y la novela del tinerfeño Elfidio Alonso, *Con los dedos en la boca* (1976). Y de entre las novelas que toman el episodio de Iballa como tema central de sus relatos están la *Iballa* del gran canario Juan del Río Ayala (1966) y la también *Iballa* del gomero Manuel Mora Morales (1986, y nuestros comentarios a la misma, Trapero 1987).

De todas ellas me fijaré ahora sólo en la leyenda que de aquel episodio pervive por tradición oral en La Gomera y en la novela *Iballa* de Juan del Río. En la tradición oral, porque ésta es poco menos que desconocida, y justificado queda, creo, que habiéndonos venido a La Gomera a hablar de literatura hablemos también de la literatura que se hace en La Gomera, aunque ésta sea, como es el caso, literatura de tipo popular. Y en la *Iballa* de Juan del Río, porque, siendo una novela no suficientemente conocida, acaba de publicarse una segunda edición (Las Palmas: Edircia, 1992, con prólogo de quien esto escribe), y que es, a mi modo de ver, el fruto literario más logrado sobre aquel episodio histórico. Y las dos juntas, porque Juan del Río novela sobre la historia, sí, pero no directamente, sino a través de la leyenda que sobre aquellos episodios la tradición oral se ha encargado de reelaborar.

La historia

Sucintamente, estos fueron los hechos en la historia. Fernán Peraza «el joven», o «el mozo» como también se le conoce (para diferenciarlo de su abuelo Fernán Peraza «el viejo», el constructor de la Torre del Conde de San Sebastián), recibe en 1477 el gobierno de la isla de La Gomera de manos de sus padres Inés Peraza de Ayala y Diego García de Herrera, señores que eran de las Islas menores, únicas hasta ese momento conquistadas. El joven Peraza, llega pues a su isla y la gobierna de forma despótica, atropellando derechos y haciendo cada vez mayor el descontento de sus vasallos. Así lo relata Abreu Galindo:

Pasados algunos días [de la llegada de Peraza a la Isla], Hernán Peraza se avenía mal con sus vasallos, tratándolos con rigor y aspereza, deseándole los amigos y enemigos todo mal. No contento con la que en casa tenía, trató amores con una gomera hermosa, que vivía en unas cuevas en el término de Guaheadun, donde tenía sus tierras de sembrar (1977: 248).

Por lo cual, los gomeros, al mando del viejo jefe de la tribu de Arure, Hupalupa, tomando como pretexto los amoríos de Peraza con la hermosa Iballa, deciden sublevarse y matar a su señor. Así lo hacen cuando Peraza sale de una de sus frecuentes visitas a la cueva de Iballa.

De nuevo dejamos la palabra a Abreu Galindo, pues su relato es ya pura literatura:

Estaba un mozo, que se decía Pedro Hautacuperche, que guardaba su ganado en el Aseysele, en el término de Guachedun, y pariente de la moza: dijéronle iban a prender a Hernán Peraza, que estaba con la parienta en Guaheadun, y que Pablo Hupalapu venía con ellos al efecto. Este era del bando de los de Mulagua, muy atrevido, ligero y determinado; estaba sentido de Hernán Peraza y deseaba se ofreciera ocasión para vengarse. Y, como entendió iba Hupalapu con ellos, tuvo más ánimo, por el respeto que todos le tenían. Dijo a los compañeros que no aguardasen a Hupalapu, que era viejo; que él lo prendería, que bastaban. Y, puestos encima de la cueva donde Hernán Peraza estaba, la gomera, como estaba avisada y sintió el ruido, le dijo que se vistiese presto, que lo venían a prender sus parientes. Vistióse de presto: y, por disimular, se vistió una saya. Y, al tiempo que salía, la vieja que estaba dentro, que era de la consulta, dijo: —Este que sale es; prendedle, no se vaya. Como Hernán Peraza lo oyó, tornóse dentro, viendo la gente que le estaba aguardando, diciendo que lo habían de prender o matar en hábito de hombre, y no de mujer. Y, poniéndose las corazas y embrazando la adarga y su espada, se puso a la puerta de la cueva. Estaba encima Pedro Hautacuperche, con una asta como dardo,

con un hierro de dos palmos; y arrojándosela, metió por entre las corazas y el pescuezo, que lo pasó de arriba abajo, y luego cayó allí muerto» (1977: 248-249).

Beatriz de Bobadilla, al conocer la muerte de su marido, se hace fuerte en la Torre de San Sebastián y pide ayuda a Pedro de Vera, conquistador de Gran Canaria, que en breves días llega a La Gomera con un gran número de tropas, atrayendo por medio de engaños a los sublevados y cometiendo sobre ellos terribles atrocidades.

Y ahora dejamos la palabra a Marín y Cubas (1986), quien con más detalle que nadie las dejó escritas:

... sin perdonar la vida a ninguno de quince años arriba, ejecutándose diversos géneros de castigo; fueron muchos ahorcados, muchos empalados como los moros de Africa, arrastrados y otros guanteados y puestos en los caminos y otros sitios; fueron llevados al mar con piedras en los pies, manos y pescuezos echados vivos, y luego se iban al fondo muchas cantidades; a otros se cortan las manos y ambos pies dejándolos vivos [...] Mandó que Alonso de Cota embarcase en su carabela muchos niños para vender como esclavos y mujeres a Lanzarote, y luego que llegó mandó Doña Inés Peraza fuesen echados todos al mar, y otros niños y niñas se los repartió como esclavos a sus soldados, y quedando la Gomera más despoblada que pacífica.

Las «coplas» de Hupalupo

Los gomeros de hoy, después de cinco siglos, siguen recordando estos hechos por tradición oral. Tal debió ser el impacto que marcó la conciencia colectiva de sus futuras generaciones. Como ocurre siempre, la oralidad y un no pequeño subjetivismo en este caso han novelado las circunstancias y han formado sobre el relato histórico un relato legendario. El testimonio oral que conserva la tradición gomera sigue hablando de la muerte de un señor despótico a manos de unos indígenas, pero las causas y las circunstancias de la muerte se han desdibujado, acomodándose ahora a las mentalidades cambiantes de otra época ya muy distante a aquella en que los hechos ocurrieron y, naturalmente, dando explicación interesada a lo que en la historia real no lo tenía, recreando —como ocurre siempre con la literatura oral— según el sentir y entender de una colectividad interesada.

La historia anda ahora en «coplas» de labio en labio por todos los rincones de la isla: una composición de 38 décimas que, si tuvo un autor individual (Juan Hernández Negrín, de Valle Gran Rey, por los años 20 de este siglo), éste no hizo otra cosa que poner en verso lo que era relato colectivo y del común (Trapero 1984).

Quien quiera leerlas, verá de qué manera tan libre adapta el pueblo gomero la historia y la acomoda a sus intereses, buscando argumentos y antecedentes que justifiquen la acción posterior. Basta con leer las 3 primeras décimas para adivinar el tono por el que recorrerá todo el discurso:

1

La reina doña Isabel
la Católica tenía
una dama que decía
que era su bello vergel.
Dicen que en el tiempo aquel
era la dama más bella
y la más radiante estrella
que en toda España se hallaba,
espejo en que se miraba
la reina y señora de ella.

2

Muy poco duró el edén
a nuestra reina su espejo
pues el rey de amor perplejo
quiso verse en él también.
Allí comenzó el vaivén
de Isabel y Beatriz;
no había nadie feliz
por causa de la manzana;
dejémonos de jarana,
aquí hubo algún deslíz.

3

La reina como una hiena
de celos de amor crujía
cual cruje la mar bravía
contra la playa serena.
—¿Cómo vengaré mi pena
contra mi vil traicionera?
Voy a andar a la carrera,
por fin la voy a casar
y la voy a desterrar
a la isla de La Gomera.

Y el desenlace no puede ser más legendario, enlazándose aquí con otras historias y leyendas de la prehistoria de las otras islas: Iballa y Autacuperche huyen a Tenerife sobre unos foles preparados por el viejo Huapalupa:

36

¡Quiera la Virgen divina
que en estos foles unidos
pasen mis hijos queridos
a aquella costa vecina!
Si la suerte os peregrina
en ese viento que va
muy pronto os llevará
a esa tierra hospitalaria:
la Virgen de Candelaria
es madre y os guiará.

Y ya salvados, perpetúan su descendencia en la isla de la Candelaria:

37

Fue la Virgen protectora
que a una playa los llevó
y un pastor los recogió
por llegar en buena hora.
Por su padre Iballa llora
y Pedro le ha consolado.
Buen auxilio le ha prestado
y muchos años vivieron
y varios hijos tuvieron
de un proceder muy honrado.

Por su parte, Hupalupo se lanza al vacío desde la cresta de un risco:

38

Cuando el gran sabio perdió
de vista a su fiel pareja,
sin pronunciar una queja
al abismo se lanzó.
Allí su vida acabó
pero no acabó su historia.
Su vida fue muy notoria,
sabio de la naturaleza,
y en pago de su nobleza
Dios lo recogió en su gloria.

Lo que dista desde la historia hasta la leyenda es un abismo. La historia, por medio de Abreu, dejó dicho que Autacuperche cayó muerto, asaeteado, en el asalto a la Torre del Conde que los gomeros prosiguieron después de dejar muerto a Peraza en las laderas de Guahedun:

Viendo Alonso Docampo [alcaide de la Torre de San Sebastián] que no lo podían matar, armó una ballesta de garrucha, y hizo que Antonio de la Peña su subiese en el terrado de la torre con otra ballesta y le amagase cuando acometiesen, para descuidarlo; y él, por bajo, por una saetera, le tiró y le dio por el costado con un pasador, y cayó muerto (1977: 250).

Y de Hupalupo, el mismo Abreu dijo que «murió de pesar» (pág. 249) a los pocos días de la muerte del Conde, adivinando las terribles consecuencias que aquello traería a su pueblo.

Lo de los foles hinchados, como rudimentario instrumento de navegación entre La Gomera y Tenerife, es un motivo folklórico de la prehistoria de las islas: aparece también en la bellísima leyenda de Gara y Jonay y en otras varias que recogió el médico y antropólogo tinerfeño Juan Bethencourt Alfonso a fines del siglo XIX (*Historia del Pueblo Guanche*, La Laguna, 1992, 62-64). Y la muerte de Hupalupo es también motivo paralelo a lo que harían después otros isleños de Gran Canaria y Tenerife, antes de caer en manos de los conquistadores.

Pero el mayor interés de estas «coplas» radica en el tratamiento que hacen de los amores de Iballa. La Iballa de «Las coplas de Hupalupo» es la mujer que al pueblo gomero le hubiera gustado que hubiera sido: casta, honesta, fiel guardadora de su precepto divino de célibe harimaguada, recatada con su prometido Pedro (Autacuperche), obediente con las leyes de sus antepasados, sumisa hija de un Hupalupo que encarnaba las virtudes todas de la raza, altiva y guerrera con el conquistador, desdeñosa con el extranjero. Pero no es esa la Iballa de la historia: lo cierto es que el amor apasionado del conquistador se vio correspondido siempre con iguales sentimientos por su parte; lo histórico es que los amores de Peraza y de Iballa no fueron un escarceo momentáneo y pasajero, sino un romance duradero; lo cierto es que Iballa se entregó a Peraza con la misma pasión con que Peraza la buscaba y que, en fin, la actitud de Iballa desencadenó el malestar creciente de los gomeros para acabar en la tragedia de tan funestas consecuencias para su propio pueblo. Eso es lo histórico, y lo otro lo que la tradición popular ha querido recrear a lo largo de generaciones de transmisión oral. Porque hay que decir que «Las coplas de Hupalupo» no es únicamente el resultado de una creación individual, en este caso la de un poeta popular de Gran Rey, sino la Iballa que la tradición popular ha forjado a lo largo de cinco siglos, pues así aparece en el relato de cualquier informante gomero que conozca la leyenda, aunque no necesariamente las coplas.

La *Iballa* de Juan del Río Ayala

Por su parte, Juan del Río Ayala toma a *Iballa* como personaje central de su relato y se fija sólo en el «antes» del episodio de la muerte de Peraza. La novela se inicia con la llegada de Fernán Peraza a La Gomera y con la cesión que de su gobierno le hace su madre doña Inés Peraza de las Casas, y acaba justo con su muerte. El intermedio (en la historia hay un período de 11 años, desde 1477 hasta 1488, que la historiografía no ha sabido llenar sino con apuntes o referencias mínimas), Juan del Río, desde la novela, lo ha llenado con los siguientes hechos: el pacto de no agresión entre los isleños y el recién nombrado Señor de La Gomera (celebrado muy cerca de donde estamos, en las Playas de Chinguarime), la vida bucólica y tranquila de unas gentes que usan libremente de sus ritos y costumbres, la relación amistosa y pacífica entre un señor feudal y sus esclavos, la muerte de Juan Rejón a manos de Peraza en las playas de Gran Rey, la ida Peraza a la Corte y su encarcelamiento para responder de la muerte de Rejón, su casamiento obligado con Beatriz de Bobadilla, el conocimiento y amistad que en la prisión de Segovia entablan Peraza y Colón, la vuelta de los tres (Peraza, la Bobadilla y Colón) a La Gomera, las males artes de la Bobadilla sobre los gomeros, el malestar creciente de éstos, y la conjura y muerte de Peraza. Y en todos ellos —y sobre todos ellos— el amor idílico y apasionado entre Peraza y la bellísima *Iballa*.

Lo que Juan del Río toma de la historia para su novela es mucho, casi tanto como lo que no toma, es decir, como lo que crea desde su particular visión de los hechos novelados. Desde luego, Juan del Río conoce bien las Crónicas de la conquista, aunque a nuestro entender no sean éstas las fuentes inmediatas de su relato. Lo que Juan del Río conoce y aplica mejor a su esquema novelístico es la visión historiográfica que los estudiosos contemporáneos y anteriores a la publicación de su novela dieron de aquellas Crónicas. Especialmente los estudios del Dr. Wölfel, los de Marcy, Darias Padrón y Álvarez Delgado. Sobre todo los de este último, pues Álvarez Delgado conocía además muy bien la geografía de la isla y su tradición oral, de modo que elaboró una cronología minuciosa y detallada del episodio de Fernán Peraza. Por ejemplo, es de Álvarez Delgado la interpretación de la existencia de un pacto de paz y de sometimiento de las distintas tribus de La Gomera a su Señor, pacto que firmarán, según los usos aborígenes, bebiendo leche de un mismo gánigo («pacto de colactación», tal cual siguen practicando algunas tribus del norte de África), episodio que Juan del Río colocará en el frontispicio mismo de su novela, ubicándolo en la playa de Chinguarime. Y es también Juan Álvarez Delgado el que dice que los amores entre Peraza e *Iballa* debieron nacer en el primer año de la llegada de aquél a la Isla; y Juan del Río lo incorpora a su novela, flechándolos de amor en el tagoror de Chinguarime. Así, el amor surgido de una premonición tendrá el carácter de amor marcado por el destino, un amor fatídico cuyo control escapa a sus propias voluntades. De la misma forma, los estudios de Juan Álvarez Delgado respecto a las costumbres y ritos de los gomeros, conservados algunos hasta la actualidad, dieron pie a Juan del Río para ambientar los hechos de su novela. Así, el silbo se convertirá en recurso literario principal como vía de comunicación de las graves noticias que en el relato se van sucediendo; así, la lucha canaria y el baile del tambor, los regocijos con que festejan el pacto de Chinguarime; así, el banot como arma con que Autacuperche ataca a Peraza; así, la precisión de los topónimos y de los antropónimos gomeros, que en las Crónicas aparecen en forma caótica y con variantes múltiples; así, en fin, la transcripción del famoso apóstrofe de *Iballa*, en lengua aborigen, previendo de su muerte a Peraza, «Ajel íbes jujaque saven tamarec», apóstrofe que Juan del Río copia al pie de la letra, y que quiere decir «Huye, huye, que vienen a por tí».

Y la leyenda

Por debajo de las «Coplas de Hupalupo» y de la *Iballa* de Juan del Río, vive en La Gomera la leyenda de un Conde que fue muerto por sus súbditos y que ha abastecido toda creación literaria

individual posterior. Quiero decir que el autor de las «Coplas de Hupalupo» bebió de las fuentes de la leyenda acomodándola a un particular visión en sus décimas; de la misma forma que Juan del Río Ayala tomó de la tradición los mimbres que quiso para urdir su novela. En la tradición popular de La Gomera está muy viva la historia de un Conde que fue muerto por sus súbditos; una historia que apenas si tiene tiempo ya, que ocurrió «en el principio», que es el tiempo propio de la leyenda. Y que si tiene lugar es porque el espacio de La Gomera cabe en una mano y es conocido y «visto» por todos. Aún así, las variaciones orales que del topónimo hace cada transmisor de la leyenda convierten el escenario de la muerte del Conde en un lugar también legendario: *Guabedum* y *Guachedum* escribió Abreu Galindo; *Guabedum* y *Guajedum* escribió del Río Ayala; pero *Guadajume* y *Aguadeún* dijo la más pequeña de mis informantes (una niña de 10 años), y *Agüedún* dijo otro informante muy autorizado, Isidro Ortiz, con una explicación etimológica añadida, «que quiere decir 'agua de Dun', porque hay una fuente allí que se llama así».

Sabido es que un hecho legendario, más cuando no está en verso, tiene unas posibilidades de narración tan variantes que convierten cada versión en una historia singular. Y La Gomera posee unas «condiciones» ambientales (su geografía casi imposible de creer, sus bosques encantados, su misteriosa toponimia, sus tradiciones particulares, el silbo, el baile del tambor y los romances...) e históricas (la sublevación de los gomeros contra su señor, el secular apartamiento en que ha vivido,...) tan propicios que le hacen ser un lugar fuera del tiempo, o lo que es lo mismo, el lugar del mito. Un mito que tiene muchas lecturas, tantas como lectores.

Me fijaré sólo en dos versiones, recogidas recientemente, en los mismos días en que se celebra este Encuentro de Escritores Canarios en La Gomera, en noviembre de 1992. La primera es la de una niña de 10 años, Eliana, que vive con su madre, su hermano y su abuela en la única casa que tiene el Caserío de Peraza. La segunda es de Isidro Ortiz, de unos 65 años, de Chipude, uno de los informantes más «autorizados» de La Gomera, que tiene una conciencia muy clara de los valores culturales de su isla y que hace cuanto está en sus manos por protegerlos y difundirlos.

En el primer caso, el relato llegó a la niña por boca de su abuela, y a los oídos de la abuela llegó de labios de su marido Alejandro, ya muerto, un pastor de cabras que vivió siempre debajo mismo de la *Degollada de Peraza* y teniendo por panorama inevitable las formidables laderas del barranco de Chinguarime; y a los de Alejandro... Desde luego estaban en el lugar mismo del relato. Y así lo contó la niña:

Era una vez, hace mucho tiempo, que vivía aquí un Conde, que se llamaba Conde de Peraza y estaba enamorado de una mujer muy hermosa que vivía en la otra ladera de enfrente, que se llama Aguadeún, o Guadajume, que también se le dice. Esta mujer era hija de otro Conde, que no me acuerdo cómo se llamaba. Y entonces, un día que el Conde de Peraza se enteró de que el padre de la muchacha iba a ir a una fiesta, pues fue y cogió a la muchacha y la trajo aquí a su cueva, y la violó y la dejó tirada. Pero como el Conde de Aguadehún vio que el Conde de Peraza iba en un caballo, al ver que no estaba su hija, con otros ayudantes suyos, siguió las huellas del caballo y encontraron a su hija tirada, pero no le sucedió nada, y después mataron al Conde de Peraza en su cueva. Por eso este lugar se llama *La Degollada de Peraza*, porque aquí degollaron al Conde de Peraza, le cortaron la cabeza en la cueva que está aquí mismo, al lado de mi casa, y que también se llama *La Cueva del Conde*.

En el caso de Isidro Ortiz, «la historia de Hernán Peraza y su final» la oyó y la aprendió de su madre, y como la aprendió la cuenta, a pesar de que es consciente de que existen otros relatos con diferencias muy notables sobre el caso.

Vivía en Gerián un señor que se llamaba Hupalupa, que fue quien heredó el mando de La Gomera, después de haberse muerto Amalagüise, que era el rey del cantón de Orone. Amalagüise había pactado con los portugueses, antes de la llegada de los españoles. Así que al llegar los Peraza a La Gomera, Hupalupa siguió llevando grandes amistades y

relaciones con Peraza el viejo. Pero al llegar Peraza el joven, su trato con los gomeros fue muy distinto del de su tío; subió los impuestos y les cobraba más de lo que los gomeros podían dar. Entonces Hupalupa fue un día a la Villa y le dijo a Peraza:

—Señor, por la amistad que me unía con vuestro antepasado, vengo a pedir os más consideración y mejor trato con los gomeros.—

Pero Peraza lo trató muy mal, lo insultó y le llamó traidor. Entonces Hupalupa se marchó muy enojado y se lo contó a su gente.

Hupalupa tenía una hija que se llamaba Gara, que era nombrada por su belleza, que estaba enamorada de un pastor, llamado Jonay; y tenía también un hijo que se llamaba Pedro, Pedro Autacuperche. Cuando Gara se iba a casar, cumpliendo la imposición que había implantado el Conde de La Gomera, tenía que pasar primero por el Conde para poderse casar. Pero Hupalupa dijo que no:

—Mi hija no va a la Villa; mi hija se casa como se casaron todos mis antepasados, no será mujer de otro antes que de su propio marido.

Este mensaje le llegó al Conde. Y entonces el Conde convocó una gran fiesta en la Casa de la Seda a la que invitó también a Hupalupa, con el que habló sobre el casamiento de su hija Gara; y al ver que no consentiría en que su hija fuera de él antes de la boda, le echó un polvo de sueño en el vaso y Hupalupa quedó dormido en el lugar. Entonces el Conde salió con su caballo por el camino de herradura hasta la casa de Hupalupa, en Gerián, para buscar a la muchacha.

En este tiempo, al ver el novio de Gara y el hijo de Hupalupa que éste tardaba, se dirigieron por el embreve a la Casa de la Seda y se encontraron con que Hupalupa todavía dormía. Lo despertaron y al darse cuenta de la situación, los guió a la playa de Gran Rey y los tres nadaron hasta la Peña del Secreto, y les dijo:

—Vengo a deciros aquí algo que no he querido decir en la tierra, porque la tierra es hembra y pare. En estos momentos el Conde está abusando de quien va a ser tu mujer, de tu hermana y de mi hija; tenemos que seguir y darle muerte.

Le contestó su hijo: —¿Y si se sabe?

—Si se sabe será por ti, cobarde.— Y lo mató y lo tiró al agua.

Entonces, Hupalupa y Jonay subieron por un embreve hasta Gerián, y encontraron a Gara encerrada en la cueva y la puerta apuntalada por dentro. Al reconocerlos les abrió y les dijo que el Conde Peraza había estado allí tratando de forzar la puerta, y amenazándola que si en dos días no iba a su casa de la Villa caería sobre ella todo el peso de la ley. Hupalupa hizo que Gara los acompañara, y por otros embreves llegaron al alto del Garajonay, desde donde descubrieron el camino por donde iba el Conde. Jonay quiso bajar a matarlo allí mismo, pero Hupalupa le dijo que esperara, que el lugar mejor era en Agüedún, donde el Conde tenía una querida que se llamaba Iballa, y a donde se dirigiría sin duda. Así fue. Cuando el Conde llegó con sus dos criados a Agüedún, ya Hupalupa estaba parapetado con los suyos encima de la cueva de Iballa. Y allí lo degollaron. Los criados del Conde lograron escapar y corrieron en dirección a la Villa a avisar a la Condesa de la muerte de su marido. Al darse cuenta Hupalupa, silbó a los de La Laja y les dijo que salieran rápido a prender a la Condesa, que él acababa de dar muerte al Conde. Hupalupa siguió silbando, avisando a los de Jerduñe, a los de Añamosna, a los de Seyma, para que todos salieran a prender a la Condesa en San Sebastián. Pero la Condesa Beatriz tenía una criada que conocía el silbo y ésta le desveló las intenciones de los gomeros, y tuvo tiempo para mandar un barco a Canaria en busca de la ayuda de Pedro de Vera.

Cuando los de Hupalupa llegaron a la Torre, la Condesa los recibió con buen trato, diciendo que ella no era sabedora de lo de su marido, que ella no era enemiga de los gomeros; que les recomendaba no hacer nada, pues pronto vendrían en su ayuda y la venganza de Pedro de Vera sería mucho más dura. Los gomeros fueron cautivados por las palabras de Beatriz y abandonaron las intenciones de Hupalupa. Éste los trató de traidores y de cobardes. Y fue entonces cuando preparó dos foles y se los amarró a su hija Gara y a Jonay y los lanzó al agua:

—Veivos donde la corriente y el destino os lleve.

Y cuando los vio alejarse de la costa, se subió al acantilado y se lanzó al vacío.

Gara y Jonay fueron llevados por la corriente hasta la costa de Tenerife, en Los Gigantes, y se refugiaron en la Cueva que todavía se llama de los Gomeros, hasta que un pastor los socorrió.

Sobran todos los comentarios. Sólo añadiré dos cosas: primera, que Isidro Ortiz, como la niña de 10 años, también cree que el nombre de *La Degollada de Peraza* lo tomó por ser aquél el lugar en que degollaron al Conde (siendo que Peraza murió atravesado por «un asta como dardo» —que dice Abreu— y que *degollada* es un topónimo genérico, que define una forma peculiar del relieve de todas las Islas); y segunda, que en el relato de Isidro Ortiz hay un curioso caso de sincretismo, al aparecer como

personajes de una misma fábula Gara y Jonay, por una parte, e Iballa y Peraza, por otra; las dos parejas de amantes más famosas, la una legendaria, la otra histórica, de La Gomera .

Referencias bibliográficas

- ABREU GALINDO, J. (1977): *Historia de la conquista de las siete islas de Canaria* (ed. A. Cioranescu). Santa Cruz de Tenerife: Goya Ediciones.
- ALONSO, Elfidio (1976): *Con los dedos en la boca*. Madrid: Ediciones J.B.
- ÁLVAREZ DELGADO, J. (1959): «El episodio de Iballa», *Anuario de Estudios Atlánticos* (Madrid - Las Palmas de Gran Canaria), nº 5.
- (1960): «Primera conquista y cristianización de La Gomera. Algunos problemas históricos», *Anuario de Estudios Atlánticos* (Madrid - Las Palmas de Gran Canaria), nº 6.
- CASTILLO, P.A. del (1848): *Descripción histórica y geográfica de las islas de Canaria*. Santa Cruz de Tenerife: Imprenta Isleña.
- CHIL Y NARANJO, G. (1876): *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias*. Las Palmas de Gran Canaria, 3 vols.
- DARIAS PADRÓN, D. (1934): «Notas históricas sobre los Herrera en Canarias (Condes de La Gomera y Marqueses de Adeje)», *El Museo Canario*, 2.2.
- FRUTUOSO, G. (1964): *Saudades da terra* (ed. E. Serra, J. Régulo y S. Pestana). La Laguna: Instituto de Estudios Canarios.
- MARCY, G. (1934): «El apóstrofe dirigido por Iballa en lengua guanche a Hernán Peraza. Notas lingüísticas al margen de un episodio de la historia de La Gomera», *El Museo Canario*, 2.2.
- MARÍN Y CUBAS, A. (1986): *Historia de las siete islas de Canaria*. Las Palmas de Gran Canaria: Real Sociedad Económica de Amigos del País.
- MILLARES TORRES, A. (1977): *Historia General de las Islas Canarias*. Las Palmas de Gran Canaria: Edirca, 6 vols.
- MORA MORALES, M. (1986): *Iballa*. Santa Cruz de Tenerife: Ed. Globo.
- MORALES PADRÓN, F. (1977): *Canarias: Crónicas de su conquista*. Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria y El Museo Canario.
- PÉREZ ARMAS, B. (1900): *La baja del secreto*. Santa Cruz de Tenerife: Imprenta de F.S. Molowny.
- PÉREZ SAAVEDRA, F. (1986): «El episodio de Iballa y sus motivaciones», *Anuario de Estudios Atlánticos* (Madrid - Las Palmas de Gran Canaria), nº 32.
- RÍO AYALA, J. (1992, 2ª ed.): *Iballa*. Las Palmas de Gran Canaria: Edirca.
- RUMEU DE ARMAS, A. (1985): «Los amoríos de Beatriz de Bobadilla», *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº 31.
- TEJERA GASPAS, A. (1989): «Los aborígenes de La Gomera. Una interpretación antropológica», *Tradition et Modernité dans les sociétés berbères*, París, Éditions Awal.
- TORRIANI, L. (1978): *Descripción de las Islas Canarias* (ed. A. Cioranescu). Santa Cruz de Tenerife: Goya Ediciones.
- TRAPERO, M. (1984): «Las coplas de Hupalupo: Un episodio de la historia de La Gomera», *El Museo Canario*, nº 45.
- (1987): «Comentario a *Iballa*, novela de M.Mora Morales», *Jornada* («Archipiélago Literario»), Santa Cruz de Tenerife, 21 de marzo de 1987.
- (1992): «Novelar sobre la historia y la leyenda», Introducción a la 2ª ed. de *Iballa*, de J. del Río Ayala. Las Palmas de Gran Canaria: Edirca.
- VIERA Y CLAVIJO, J. (1982): *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias* (ed. A. Cioranescu). Santa Cruz de Tenerife: Goya Ediciones, 2 vols.
- WÖLFEL, D.J. (1933): «Los gomeros vendidos por Pedro de Vera y doña Beatriz de Bobadilla», *El Museo Canario*, 1.1.